

ERNEST CAÑADA

CUIDADORAS

HISTORIAS DE TRABAJADORAS DEL HOGAR,
DEL SERVICIO DE ATENCIÓN DOMICILIARIA
Y DE RESIDENCIAS

Icaria ❁ Antrazyt
ANÁLISIS CONTEMPORÁNEO

Este libro ha sido impreso en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorine Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

Este libro es una iniciativa del Área de Derechos Sociales, Justicia Global, Feminismos y LGTBI del Ayuntamiento de Barcelona encargada a Alba Sud.



**Ajuntament
de Barcelona**

ALBA SUD*
investigación y comunicación para el desarrollo

© Ernest Cañada

© Ilustradora: María Romero García

© De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Juan de la Cierva, 6
08339 Vilassar de Dalt
www.icariaeditorial.com

Alba Sud
info@albasud.org
www.albasud.org

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-9888-996-3
Depósito legal: B 4143-2021

Maquetación: Maribel Crusat

Impreso por Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.

ÍNDICE

Prólogo, *Laura Pérez Castaño* 9

Introducción 14

Un libro en su contexto 18

Metodología 20

Problemáticas del trabajo remunerado de cuidados 26

Agradecimientos 75

Referencias bibliográficas 76

PRIMERA PARTE TRABAJADORAS DEL HOGAR

Mariana: «Que nos den derechos, porque si trabajas y no tienes ningún derecho esa no es vida» 83

Vanesa: «Ya no quería trabajar más de interna, porque es tan horrible estar encerrada, sin poder salir» 88

Cristina: «Hay veces que me angustia mucho estar encerrada. Me deprimó, me da mucha tristeza» 98

Lía: «Te levantas y solo ves las mismas caras, te acuestas y las mismas caras» 102

Judith: «Es difícil ser madre siendo trabajadora del hogar» 108

Amina: «La gente no tiene mucho respeto por el trabajo de la cuidadora, sobre todo el gobierno. Una persona que trabaja de cuidadora no tiene derecho a paro y esto duele mucho» 119

Aurora: «No se respetan los horarios. Una persona empieza a trabajar a las siete de la mañana y son las doce de la noche y aún estás fregando platos» 123

Mirna: «Deberían darnos el paro cuando se muera una abuela porque, aunque alguno lo dude, psicológicamente te afecta. No puedes ir a buscar otro trabajo al día siguiente» 128

Norma Véliz Torresano: «Lo que pedimos es que se respete la ley, hacer cumplir la ley, y que se incorpore el derecho al paro» 138

Isabel Valle Brun: «Queremos se ratifique el convenio 189 de la OIT, una jornada laboral máxima de ocho horas, tener baja por maternidad y enfermedad, que se respeten las vacaciones, que tengamos un sueldo digno» 142

Carmen Juarez: «Somos mujeres a las que se nos niegan nuestros derechos, se nos niegan todas las oportunidades habidas y por haber, y aun así salimos adelante» 151

Isabel Escobar, Rocío Echeverría y Ramona Fernández:
«Sindillar somos un sindicato de trabajadoras del hogar y de cuidados. Somos un sindicato femenino, feminista y antifascista, y somos un sindicato independiente y autogestionario» 168

María Teresa Alabarce y *Bryan*: «Nos gusta formar parte de la cooperativa, luchar todos juntos por una causa» 184

SEGUNDA PARTE TRABAJADORAS DEL SERVICIO DE ATENCIÓN DOMICILIARIA

Carla: «Hoy en día, trabajando, poca gente llega al final de mes, te tienes que estar de muchísimas cosas» 193

Mónica: «Lo más difícil es que sabes que hay un final, y que es inevitable» 199

Mari Luz: «Tienes un problema, llamas, y a lo mejor para que te contesten tienes que estar 20 minutos de reloj que no tienes» 205

Clara Benejam: «Yo creo que en el SAD haces un poco más de cuidadora, en un sentido emocional, porque hay gente que lo que necesita es sobre todo compañía» 214

Emma: «Mientras estas empresas tienen beneficios millonarios de unos servicios que han sido externalizados, existen unas condiciones de trabajo, y por tanto de vida, precarias» 220

Joan Vendrell: «Lo que nosotros querríamos es municipalizar el servicio, que lo llevase directamente el Ayuntamiento» 228

María Ariño: «Vimos que si no nos juntábamos y luchábamos no íbamos a poder cambiar las cosas» 235

Ángela González: «Imagínate cómo te sientes llamando a una compañera a las siete de la mañana para que vaya a hacer un servicio ese mismo día. Esa disponibilidad absoluta es brutal» 244

María José Alarcón: «Lo que queremos es que estas empresas que se lucran a costa de los servicios públicos, de precarizarnos a nosotras y de dar un mal servicio desaparezcan» 251

Ascensión González: «Creo que el SAD acabará siendo así, como estos proyectos piloto, y creo que será así porque funciona» 261

Rosa Espuny: «Con el proyecto piloto hemos ganado en autonomía» 267

TERCERA PARTE TRABAJADORAS DE RESIDENCIAS

Lucía: «Vamos tan al límite que una cosa que se salga fuera de lo normal ya te supone un mundo, porque no puedes» 277

María: «Más manos, necesitamos más manos» 287

Gema López: «Que nos escuchen, que valoren lo que les estamos diciendo, que nosotras somos las que sabemos cómo están las cosas» 295

Libby: «En el turno de noche hago 63 cambios de pañales» 307

Jarabo: «Se supone que este es un trabajo de humanidad y ver que no te estás desempeñando como se debería te incomoda» 316

Anfil: «Al trabajador no se le pide opinión, no te preguntan nada» 324

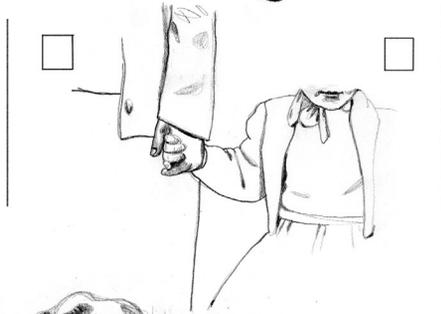
Marisol Vela: «Estamos muy poco valoradas, pero verdaderamente considero que tenemos un gran valor, y somos muy responsables, queremos a los residentes, hacemos lo que tenemos que hacer» 332

Sara: «Levantar a las señoras por la mañana es la parte más dura del trabajo, es que no paras, terminas sudando» 337

Carmen: «Yo creo que se nos valora poco, en este trabajo se nos valora poco» 343

Clara García: «Las jornadas son inmensas, ¡1.792 horas anuales!» 349

Nieves: «Este es un sector precario, nuestro convenio cada vez va más para atrás» 354



PRÓLOGO

Laura Pérez Castaño*

Las que cuidan han callado durante mucho tiempo. Por eso es muy importante escucharlas cuando hablan. Sus narraciones tienen un enorme valor porque son mayúsculas las dificultades que esconden sus silencios. A menudo han callado porque nadie les ha preguntado sobre sus vidas y, cuando les han preguntado, cuando se abre el cajón de sus vivencias, salen historias como las que se han recogido en este libro.

Son historias de mujeres que narran en primera persona la realidad de un sector de ocupación con menos derechos que la mayoría. Y que si no hablan es, en parte, por el miedo a perder los pocos derechos que tienen.

Son historias de mujeres migrantes, de cuyos sueldos dependen en ocasiones sus familiares en países de origen o los procesos de reagrupación familiar en los que han depositado todas sus ilusiones. Y por eso no faltan un solo día al trabajo. Y por eso cumplen con horarios interminables que dificultan el autocuidado y derivan en problemas de salud, física y emocional.

Son historias de mujeres migrantes y precarias que han soportado chantajes con la esperanza de regularizar su situación administrativa, ahorrar un poco, aunque sea sin cobrar nunca las pagas dobles que les tocaría. Que reivindicar el buen trato, el respeto. Y que denuncian experiencias de abuso laboral y violencia sexual.

Aún hoy día, el trabajo de cuidados adolece de una profunda falta de reconocimiento. Una buena manera de ejemplificar este hecho es a través de una imagen de la vida de mi madre, trabajadora del hogar. Después de años de no faltar al trabajo ni un solo día, la familia para la que trabajaba la despidió y, como cierre de la relación laboral, no le entregaron un finiquito o indemnización, sino que le regalaron una planta.

* Tenienta de Alcaldía de Derechos Sociales, Justicia Global, Feminismos y LGTBI del Ayuntamiento de Barcelona.

En la planta se materializa la realidad más que simbólica de la desvinculación del trabajo del hogar del propio concepto de trabajo y de los derechos asociados. ¿En qué otro trabajo a un empleador se le ocurriría ofrecer un finiquito de estas características? Se trata de una expresión clara de desprotección en la garantía de derechos laborales con varios agravantes que las experiencias personales de este libro ilustran.

La lucha por los derechos de las trabajadoras del cuidado y del hogar es, ante todo, la lucha por romper el imaginario de que no es un trabajo de verdad, que no se merece estar junto al resto de empleos, ni en reconocimiento social ni en derechos. Este prejuicio tiene mucho que ver con que la gran mayoría de las trabajadoras del sector son mujeres, y muchas de ellas migrantes, a menudo en situación irregular.

En el fondo de esta cuestión está una visión del mundo, social y económica, que ha menospreciado todo aquello relacionado con lo doméstico. La esfera productiva de la economía, asignada tradicionalmente a los hombres, asume una centralidad social, desplazando en reconocimiento e importancia todo aquello vinculado al ámbito reproductivo. Así, esa mujer migrante y precaria asumirá los trabajos menos valorados socialmente y peor pagados.

Mi madre llegó a Barcelona después de una corta experiencia en una casa de Madrid, donde llevó su maleta con pocas cosas desde un pueblo extremeño. Como el resto de mujeres de mi familia, buscó oportunidades en la gran ciudad. Ellas son una de las caras de la migración interior claramente marcadas por la clase social. Llegaban a la gran ciudad a servir en casas de gente adinerada. Sin apenas formación, cuidaban a las criaturas, a los mayores y dependientes, cocinaban, limpiaban, a veces todo a la vez. En régimen interno al inicio, y al formar una familia propia, acumulando horas en varias casas, oficinas... La que tuvo más suerte con algo de estabilidad y posibilidad de un contrato hoy podrá disfrutar de una prestación de jubilación. La mayoría, entre ellas mi madre, no. De nuevo, en las cifras de la economía sumergida del trabajo del hogar y los cuidados se niegan derechos asociados a cualquier otro trabajo, como la jubilación o el desempleo.

Esa historia de migración es la historia de las cadenas globales de cuidados que hoy se dibuja en las historias de mujeres que abandonan sus países y familias para venir a desempeñar estos trabajos en España. Y dejan a sus hijos/as y mayores al cuidado de otras mujeres. Hoy, ellas, ya no son extremeñas. Son de Honduras, de Filipinas, de Ecuador, de Marruecos... y sufren, a diferencia de la generación de mi madre, el peso de la Ley de Extranjería.

Las cifras hablan por sí solas: más de 580.000 personas se dedican al trabajo doméstico en el Estado español, según la encuesta de población activa (EPA) de 2019. De estas, más del 30 % no están dadas de alta en la Seguridad Social, es decir, que una de cada tres forma parte de la economía sumergida. El 95 % son mujeres y el 42 % del total son de origen extranjero, en su mayor

parte provenientes de países no comunitarios. La mayoría trabaja a tiempo parcial, con la precariedad de ingresos que ello conlleva. A estas cifras habría que añadir las de todas las personas —también mayoría de mujeres— que trabajan en residencias o servicios de atención domiciliaria, dos ámbitos donde la precariedad laboral y de medios también es frecuente, como demostró trágicamente la primera ola de la pandemia de COVID-19.

Hay tres cuestiones clave en la vulneración de derechos de estas mujeres y que tienen que ver con sus derechos de ciudadanía, el reconocimiento de los derechos laborales en igualdad de condiciones en el Régimen de la Seguridad Social y las características del trabajo que dificultan la organización colectiva.

La irregularidad administrativa mantiene a cientos de miles de trabajadores y trabajadoras del hogar y los cuidados en una situación de indefensión que solo beneficia a empleadores con pocos escrúpulos. De hecho, se usa como instrumento de chantaje, como recoge una de las mujeres entrevistadas en el libro: «te dicen que, si trabajas tres años te damos los papeles, y llegados los tres años nos despiden». La regularización administrativa de todas las trabajadoras del sector es una condición necesaria para dignificar el trabajo de cuidados y garantizar que se desempeña en condiciones de dignidad unas tareas imprescindibles para la vida.

La lista de injusticias legales que sufren las que cuidan es infinita, empezando por la enorme prevalencia del trabajo sumergido y su no pertenencia al régimen general de la Seguridad Social. Esta discriminación implica que no pueden recibir prestaciones por desempleo, el Fondo de Garantía Salarial no las cubre en caso de impagos del empleador y no cobran prestaciones contributivas como la de incapacidad. La inclusión del trabajo del hogar y del cuidado en el régimen general de la Seguridad Social en condiciones de igualdad es una deuda histórica del Estado con este sector, junto con la ratificación del Convenio 189 de la Organización Internacional del Trabajo sobre trabajo doméstico.

La actual regulación del trabajo del hogar en el Estado español se traduce en precariedad laboral, sueldos a menudo muy bajos y una atomización de las trabajadoras que dificulta su organización y su afiliación a sindicatos. Por eso es especialmente valioso que surjan cada vez más organizaciones del sector, que sean visibles y sus voces suenen cada vez más fuertes en el debate público, algunas de ellas representadas en este libro.

La falta de derechos y atomización de las trabajadoras también dificulta llevar a cabo políticas públicas para apoyarlas desde los ayuntamientos, pero aun así en Barcelona llevamos años explorando todas las posibilidades. Hemos puesto en marcha Puntos de Defensa Laboral, de los que se han beneficiado decenas de miles de mujeres de la ciudad, y hemos creado el espacio Barcelona Cuida, donde, entre otros servicios, se ofrece asesoramiento legal y apoyo psicológico a las trabajadoras del sector. Medidas destinadas a mejorar la vida

de las trabajadoras del hogar y el cuidado dentro de lo que nos permiten las limitadas competencias municipales. También coloca en el centro de los servicios municipales el mensaje claro de que este es un trabajo importantísimo, y que las mujeres que lo llevan a cabo merecen todos los derechos, apoyo y el reconocimiento social.

El libro que presentamos consigue también reflejar la enorme implicación emocional que exige el trabajo del hogar y del cuidado, una demanda de fidelidad que a menudo va más allá de lo habitual en cualquier otra relación laboral. La cuestión emocional es una especificidad importante del trabajo de cuidados porque se produce en el espacio privado, e implica conocer y gestionar mucha información familiar, incluso los secretos.

En ese marco de intimidad, las faltas de respeto y los abusos son frecuentes, como reflejan algunos de los testimonios recogidos en el libro:

Yo hago las cosas con mucho cariño, y me entrego mucho, porque cuando voy a trabajar no pienso que soy una empleada, pienso que soy una persona de la familia, cuando veo que son un poco mayores pienso que esa persona podría ser mi madre o mi padre, entonces trato con cariño, pero también quiero respeto y muchas veces no hay.

En sociedades tremendamente desiguales en las que los cuidados están desposeídos de reconocimiento y visibilidad, las mujeres migrantes precarias tienen todos los puntos para asumir esos trabajos. Son ellas las que sostienen la vida, es su trabajo el que resuelve el día a día. Escuchemos, en este libro, a las que cuidan.



CUIDAR A LAS QUE CUIDAN